

El viaje de dos horas a Rancagua (los rumores eran ciertos), encadenado en el furgón, fue sin incidentes. A John le permitieron tres bolsos en vez de los dos habituales: un bolso deportivo, una mochila y una bolsa de basura negra llena de su ropa, almohadas, sábanas, medicamentos, tensiómetro, afeitadora eléctrica, artículos de tocador, Biblia, Camino de Servidumbre de Hayek (1944), su libro Llevando la Cruz, papel, bolígrafos y una carpeta portapapeles. Todo su confort material quedó atrás: horno tostador, tetera eléctrica, tarjón de ducha, estufa, celular, sillas, casi todos los utensilios plásticos y su comida restante. Le costó cargar las bolsas a la zona de salida cerca de estadística, debiendo parar tres veces, y fue revisado por la enfermería en el camino. Los dos pacos lo trataban bien en general, pero arrojaron todas sus cosas al suelo ante la celda de tránsito y confiscaron sus dos cuchillos de cocina (uno de fruta y uno de carne). Uno lo molestó un poco por llevar 160,000 pesos, alegando que solo 20,000—no 115,000 (o dos UTM chilenas)—podían ser ingresados por visita. Se equivocaba, pero igual dejó a John llevarlo. Sin embargo, los pacos de Rancagua le quitaron 130,000 y dejaron a John con 30,000 y sin monedas para el teléfono público. Así, no pudo llamar a Pamela al día siguiente. Ningún gendarme iba a contactar a su esposa o amigos. El turno de noche que recibió a John en Rancagua, especialmente el Suboficial Vidal, recordaba su caso y todos se volvieron rápidamente sus fanáticos anticomunistas. Pero ese apoyo poco mitigó el infierno que John estaba por enfrentar. Le dieron un carro para llevar sus cosas al módulo 45 de cuarentena, lleno de filas de celdas vacías con baños atascados de excremento que a menudo no se podían tirar. Pocas celdas tenían luz de noche y ninguna enchufe funcional. Eran mazmorras modernas. Los pacos dejaron que John encontrara un pedazo de espuma gruesa y lo pusiera en la cama de cemento. Le dieron champú, pasta, cepillo y jabón, pero no comida ni agua. Un pedazo de pan y una taza de té aparecerían al día siguiente. Lo llamaban “desayuno” ya que por dentro el pan llevaba un poco de mayonesa. El lavamanos se cayó, provocando problemas de agua al día siguiente. El mozo y los pacos hallaron otra celda con lavamanos instalado que chorreaba un poco, pero el baño no tiraba, acumulando orina y heces. Para sobrevivir, John empezó a tirar basura y papel higiénico usado por la ranura de la ventana. El frío invernal, bajo cero por la noche, entraba por las ventanas rotas de ambas celdas. Casi en vano, John metía toallas en las rendijas. Las chinches lo picaban de noche durante los siete días de aislamiento total, sin patio, que debió soportar. No sabía que pronto se extendería a catorce días. También tuvo suerte de tener un palito para meter en los agujeros de la pared del baño que hacía brotar agua del lavamanos y una “ducha” ligera que John recogía en un tazón y echaba sobre los excrementos del inodoro. La enfermera Cristina inventarió todos sus medicamentos al llegar y le entregó parte; el resto, a demanda. No estaba claro si Pamela u otro podría llevarle medicinas recetadas. Cristina tenía uñas pintadas y cara bonita; los dos pacos repararon en que se sentía atraída por el Gringo y comentaron lo guapa que era. Uno la llamó “MILF” (en inglés). John respondió: “Estoy de acuerdo en que es una mujer hermosa, delgada y de buen cuerpo, pero soy cristiano evangélico y mis ojos solo son para Pamela, mi esposa.” Puede que hubiese química natural y lo trató bien, aunque la balanza que le marcó 132 kilos claramente estaba rota pues eso era lo que pesaba en 2019 al llegar a prisión. De hecho, había bajado mucho de peso (y dos agujeros de cinturón) desde entonces. Al día siguiente vio al doctor Franco, supuestamente venezolano, quien revisó sus remedios y la receta anterior y advirtió que le haría análisis completos de sangre y algo especial para ingresar los medicamentos comprados por farmacia. Tras tomarle la presión en 128/82, le asignó el mismo régimen farmacológico en el plan penitenciario. También miró la zona roja del coxis y glúteo izquierdo, hinchada y dolorosa, y le vendó un nudillo sangrante. John se había caído fuerte en las escaleras húmedas, causándose tanto dolor en glúteos, espalda alta y cuello que lloró un rato a gritos. El médico dijo que enviaría analgésicos a la celda, Ibuprofeno (decía Tylenol), que llegó a las 16:35.

Ya en la celda, John contempló el aspersor antiincendios en el techo, calculando que resistiría una cuerda improvisada para el suicidio, y pensó junto con el cordel del correo hecho de retazos que, según el mozo, se usaba para pasar cosas por la rendija de la ventana del tercer piso donde estaba el Gringo. Para enfocarse, John leyó en voz alta fragmentos de los Salmos 23, 55, 142 y 146 por una ranura. El patio tenía poca gente y solo un machucado hizo comentarios irónicos tras preguntar el motivo de prisión de John. Un paco, en cambio, anunció a sus colegas que John había estado preso en Valparaíso y enviado a Rancagua tras escribir un libro denunciando a los pacos. John le preguntó si sabía leer y le ofreció el libro para ver los fragmentos ofensivos, logrando callar al gendarme confundido por el momento. Hizo lo mismo con el Suboficial González, que lo llevó de vuelta a la celda—a quien el Gringo puso el libro en la mano. González había leído la resolución de traslado que John llevaba en el bolsillo. A González no le interesó el libro. El mozo prometió conseguirle agua mineral cuando pasara el “Econo-Mat” al día siguiente. Dos pacos dijeron que John podría recibir encomienda después de la cuarentena, incluso de personas no vacunadas sin Pase de Movilidad, y que Pamela probablemente podría conseguir una visita especial de quince minutos en el área administrativa. Cristina también dijo que serían permitidas visitas de no vacunados, pero luego los pacos no lo confirmaron. De cualquier forma, era difícil conseguir dinero y, a diferencia del 118 y 109, no había

kiosko diario. John revisó la bandeja de aluminio del rancho, como las de la comida china para casa, y halló cinco pedacitos de carne entre repollo y zanahoria crudos. Se lo comió pese a los riesgos, tirando la mayor parte de las verduras asquerosas por la ventana. Por suerte aún tenía jamón, queso y tortillas, además de salsas, que trajo del 109.

La sección Rancagua del infierno en la tierra, 215 km al sureste de Reñaca y 830 al norte de Osorno (donde vivía Jana), recordaba por qué a veces es mejor estar muerto que vivo. Algunos aspectos de las celdas en cuarentena Covid-19 eran mejores que el 109, pero la mayoría peor. No había ventanilla en la puerta, y el aire gélido entraba a la celda sucia, destrozada por machucados que creían dañar a la gendarmería perjudicando agua, luz y electricidad, sin saber que la cárcel era concesión privada y no afectaba a los guardias. Para resistir, John intentó fantasear que acampaba en las montañas en otoño. La estrategia no funcionó mucho. El problema era no poder ver las estrellas. Alguien había escrito “Dios es amor” sobre la cama de cemento, que apenas era lo suficientemente larga para dormir bien. Había un escritorio y dos repisas de cemento en la derecha bajo la ventana. Nada de metal en la celda, a diferencia de Valparaíso. Hasta el mediodía, John podía ver su propio aliento—algo muy diferente de las oficinas y enfermería calefaccionadas del personal. Su celda era para uno, aunque González dijo que en otros módulos eran dobles. El segundo piso del módulo 45 también tenía celdas dobles. Podía leer el reloj apenas por la luz del pasillo, pero debía esperar el amanecer para leer, escribir o hacer tareas. Como el agua del té de la ración matinal se hervía, dejó enfriar la porquería varias horas antes de beberla. Calculó que un preso recibía entre 700 y 1,000 calorías diarias—menos que los esclavos negros del sur de EE.UU. antes de la guerra (3,500) y cerca de lo que recibían los presos de Auschwitz o Dachau.

La comida y agua que podía conseguir el mozo dos veces a la semana era cara. John pagó 20,000 pesos (USD 21) por cuatro botellas de 1,6 L de agua con gas, ocho bombones pequeños, cuatro paquetes de galletas rellenas y dos barritas de coco. El mozo descontó su “tarifa”—un paquete de cigarros (4,000 pesos, USD 5) y otro de galletas después de la entrega. Una bolsa de compras iba en el cordel que John subía por la ventana. La misma agua costaba 800 pesos en el supermercado, 1,000 en el kiosko de Valparaíso y 4,000 en cuarentena en Rancagua. John necesitaba encomienda; dudaba poder dosificar agua por seis días más. Otro mozo ofreció alquilar su celular a 20,000 pesos por día (400,000 costaba uno en la cárcel, doble o triple que en Valparaíso). John gastó 3,800 pesos en el teléfono público—los guardias y mozos pusieron 800; apenas alcanzó diez minutos. Perdiendo 500 pesos al llamar a Pamela, que no contestó. Jana, a quien llamó tras Valentín, contó que Pamela estaba tan triste que no podía hablar. Todos sabían que los jueces de izquierda habían mandado a John a una de las peores cárceles tras la torpe gestión del abogado Morales para llevarlo a Casablanca. El juez aprovechó la ocasión, convencido por Morales de que John estaba en peligro por su libro—lo cual no era verdad—para castigar al Gringo en un peor infierno. John sabía que lo correcto habría sido pasar a la ofensiva contra el sistema. María y Pamela, junto a Jana y Alejandro 4, eran de la idea de callar, lo que solo había empeorado la situación. El tomo uno de *Bearing the Cross* (español) debía estar en librerías y circulando mientras John luchaba, denunciando abusos con la esperanza de negociar su libertad. “Esa es mi mejor opción ahora,” pensó, “pero los que me aman rehúsan actuar—haciéndome más miserable—y rechazan reconocer la mano soberana de Dios.” Rápidamente dijo a Valentín y Jana, que pensaba llevar encomienda desde Osorno en una semana, que necesitaba dinero, mantequilla de maní, carnes envasadas, quesos y mucho líquido lo antes posible. Además, requería entregar sus títulos universitarios para poder calificar al puntaje de conducta “muy buena”—su tercero—necesario para obtener la libertad condicional. González dijo que el consejo técnico se reúne cada dos meses, el siguiente a inicios de septiembre. Debía pedir los beneficios desde un módulo normal en julio. Pamela o algún abogado debían estar cada semana en Santiago rogando a Justicia y al consulado de Italia pedir traslado urgente. Poco podía hacer John desde la celda, pero entregó tres escritos al jefe del módulo: (1) recuperar los 130,000 pesos incautados en cuatro pagos en seis semanas, (2) permitir que Pamela no vacunada tenga una visita conyugal mensual y breve, y (3) dejar ingresar tres sillas de plástico. Pidió a Valentín cambiar de nuevo la clave de Gmail; su apoyo le era precioso y lo conmovía. Informó a él y Jana de los sufrimientos bárbaros, que González validó, y Valentín lo animó diciendo haber hablado con María y Pamela, agregando que John era amado y no olvidado. John lloró un poco pensando cómo Dios obraba afuera. Él y Pamela necesitaban apoyo más que nunca. Jana habló con González en la oficina del módulo averiguando cómo y cuándo abastecer a su pastor. John estaba seguro de que Valentín y María harían igual, y confiaba que sus amigos en América, Hong Kong, Nueva Zelanda, Dubái y Chile pronto enviarían apoyo monetario. Salvar a John iba a ser más caro que nunca. Al caer la noche comió media taza de flan, probó y tiró una de betarragas y abrió el plato principal: arroz pegajoso, cuatro motas de zanahoria y dos trozos diminutos de pollo. La mayonesa lo ayudó a tragar el arroz. Comió una galleta rellena. Racionó tres caramelos, tres rebanadas de queso, una tortilla y un litro de agua para cada uno de los próximos cinco días. El desayuno no llegó el 22, recortando

a la mitad el pan y la bebida del día. Se lavó con agua fría la cara, cabello, axilas y partes íntimas. Los gendarmes lo bajaron a ver a la enfermera que aplicaba el PCR, que John cortésmente rechazó. La guardia dijo que no saldría de cuarentena e incomunicación hasta hacerlo. En vano John explicó los peligros de partículas en los hisopos, que acababan de provocar sangrado fuerte a Rodrigo 4 (“RoRo 4”), de 30 años (no confundir con otro reo nombrado así en Valparaíso en tomos XI y XII). “Si quieren seguir persiguiéndome, bien,” dijo John. Otro guardia dijo que consultaría al jefe e igual los dejó salir 20 minutos al patio a John, RoRo 4 y otros. RoRo 4 luego permitió a John usar su celular, que pasaría con el correo ya que su celda estaba justo debajo de la de John. Al encerrar a John, González dijo haber visto el video musical de La Firme y que le había gustado. Tras muchos himnos y oración afuera, John reflexionaba sobre cuán ingenuos habían sido los abogados que creyeron en la visión romántica del Estado, esperando justicia de jueces injustos—especialmente comunistas o de izquierda dura. Si no fuera por el Señor y amigos fieles, no habría esperanza.

John intentó otro escrito explicando por qué rechazaba el PCR, por razones científicas y religiosas. Se lo aprobaron si presentaba el certificado de alta Covid-19 de julio 2020 junto con el escrito reciente. Los dos escritos sobre visitas y devolución de fondos fueron devueltos sin firma diciendo que debía presentar todo otra vez al ser clasificado en módulo nuevo en cinco días. Expresó a González su preocupación de quedarse sin agua y necesitar dinero. Se trataría el lunes. Llegaron lentejas con repollo y harina con carne en trozos, que devoró y luego vomitó, sin razón clara. El 22 estaba hambriento y sediento, pero aún tenía un poco de mantequilla de maní con dulce para un sándwich y tal vez para más si rendía, además de una tortilla con queso y salsa. El mozo dijo que en Rancagua no había micrófono y por tanto John no podía cocinar la docena de salchichas envasadas que traía. Luego RoRo 4 pasó el celular, que John subió por el correo. Usó WhatsApp para mandar una imagen de dos páginas manuscritas de *Bearing the Cross*, tomo seis, a Pamela, Valentín, Bob, David, Joe y Alejandro Rogers, logrando hablar brevemente con Pamela. Las imágenes eran demasiado borrosas por la pobre cámara. Además, la señal y conexión eran terribles. Pamela contó a John que, al ver la notificación del juzgado en el 109 el día 18, un oficial de grado medio de Valparaíso había ordenado enviarlo a Rancagua—no un juez de izquierda—y que Gonzalo Morales iría a la corte el miércoles 27 buscando regresarlo a Casablanca o Limache. Los pacos parecían simpáticos con John, aunque no lo suficiente como para hacerle favores más allá de dar una moneda extra para teléfono y saludarlo: nada de comida, ayuda con dinero o agua extra. El escándalo del PCR pudo impresionarlos y hacerles respetar a John como hombre de principios, pero no arriesgarían su empleo por él. Mientras tanto, el moretón del trasero y la espalda dolían, y sufría oyendo tambores indígenas y cantos en la ruta 5, y el constante goteo del lavamanos imposible de cerrar. El desayuno, pan redondo con margarina y un litro de té con leche en polvo, lo subieron por el correo al mozo abajo. Una hora después, el almuerzo igual. Esta vez, sin nada de carne, solo arroz pegajoso, un puñado de maíz y zanahoria, una rebanada de betarraga y media taza de gelatina roja. John solo pudo comer la mitad del arroz y envió la betarraga a RoRo 4, que luego mandaría el celular. Debía recordar a Pamela avisar al abogado Morales que la cárcel de Limache era mala opción pues Rigoberto Castro, principal villano de *Bearing the Cross*, tomo uno, estaba ahí. Mientras John aburrido, aturdido por sueños tontos durante su aislamiento, sobrellevaba la rutina diaria de oración, canto, lectura, estudio de italiano y escritura, reflexionando sobre su completa inutilidad e impotencia. Predicar o ministrar era totalmente imposible.

Logró enviar imágenes de unas páginas manuscritas de *Bearing the Cross* a Bob y su hijo tras David para convertirlas (voz a texto) y así españoles como Pamela, Jana o Valentín pudieran pasar el texto en Google Traductor. Pero el móvil LG de RoRo 4 era tan viejo y roto que la calidad de imagen era aún pobre. Sin pensar en herir a su padre, David le mandó un mensaje frío diciendo que le tomó quince minutos descifrar media página y que todo el texto tomaría hora y media, así que no estaba dispuesto a hacerlo. John deseaba desesperadamente que sus hijos y amigos supieran cómo estaba y lo ayudaran si podían, pero David, su mejor y “dorada” criatura (como decía Pamela), se comportó como si no le importara y no pudo aliviar a su padre. Ni siquiera valía una hora de su tiempo. David había cumplido 33 hace poco, pero John no pudo mandarle el fiel saludo de cumpleaños. Lo mismo con Matthew, que cumplía 28 al día siguiente, pero ese hijo agnóstico nunca le respondió nada. Lo último que supo John fue antes que RoRo 4 desapareciera—junto a su teléfono—en la población general. Tras completar la cuarentena, Bob intentaría descifrar el texto.

Pamela obstinada, al ver a John sufrir y fotos de la celda miserable, decidió recordarle que su situación se debía a sus malas decisiones y elecciones. “Son las que te llevaron donde estás hoy,” le dijo, sin fe. John respondió a su frustración que Dios permitía la aflicción por una razón, Isaías 45:7, añadiendo que hacer el bien nunca es la decisión equivocada aunque tenga consecuencias. Él también tenía fallas, pero seguía bajo el cuidado de la Providencia, igual que ella. RoRo 4 le pidió comida y que le enviara algo de

dinero a su hijo bebé. Pamela transfirió 10,000 pesos a la esposa de RoRo 4, pero John solo aceptó bajarle restos de arroz, que de otro modo habría tirado y que probablemente le causó diarrea el 24, en vez de sus raciones. John también pasaba hambre. Pensando en economía, comprendía que vivía en un sitio donde incluso la basura era valiosa: el precio negativo se volvía positivo en aislamiento. Le entristecía que David no pareciera importarle, pero lo disculpaba ya que su nuera Anthia estaba a punto de dar a luz el 26 (Adelaide nació el 4). El desayuno del Día del Señor, subido desde el patio, era medio litro de té con leche en polvo y pan redondo con mortadela. John se sentía algo culpable al engalanar el sándwich con queso, mayonesa, barbecue y orégano, mientras RoRo 4 tenía que comerlo crudo. Se compadecía de su vecino, y al mismo tiempo comía relativamente bien, preguntándose por qué había sido tan egoísta y no mostraba el amor de Cristo al reo de abajo. El almuerzo otra vez no trajo carne, salvo un trozo de erizo o marisco con zapallo en plástico fino. Añadiendo salsa de queso, la que usaba para burritos, John devoró los fideos unidos con salsa blanca en la bandeja de aluminio y la media taza de flan. Antes de leer y estudiar italiano, preparó un sándwich de mantequilla de maní y dulce para las diez y una tortilla con queso, salsa y orégano para las cinco. Guardó una barra de chocolate para la medianoche, esperando llegar a 2,000 calorías ese día. Luego, inesperadamente, se repartió otro rancho en el patio: gelatina y betarraga frías más puré con veintitrés arvejas y unos trozos de cebolla y zanahoria, y algo parecido a esponja marina. John comió el puré, las arvejas, una zanahoria y la gelatina.